

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 115.—15 de Diciembre de 1874.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña M. P. de M. Muy agradecidos los 20 reales que V. ha enviado para los pobres.

Doña E. C. de Q. Llegó á nuestras manos toda la ropita, tan sinceramente agradecida como amorosamente preparada. El paquete que venia dentro con un traje completo de niño, se ha dado á uno solo, como V. indicaba, y á quien hacia muchísima falta.

Una Señora desconocida. Muchas gracias por la ropa de niño y los trapos.

Doña V. M. de P. Siempre se acuerda de nuestros pobres. Dios pague á V. la ropa y botas, que se les han dado inmediatamente.

Doña E. G. D. Se distribuyeron el dia 8 los 80 reales en memoria de su inolvidable madre. Dios bendiga á la buena hija y á la caritativa mujer.

Un Madrileño. Los 500 reales llegaron: sea que le haya impulsado á darlos la voz de su esposa, ó alguna que habla desde el cielo, ó las que salen del corazon cuando es como el de V., su limosna es un tesoro en nuestra pobreza, un consuelo en nuestro dolor, y un ejemplo, que si no es imitado, no será porque no merezca serlo.

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS, MUCHAS GRACIAS A.....

Doña Julia Olózaga, por las hilas.

A *Doña María Picazo de Minuesa* y sus amigas, por las hilas.

A las niñas *Emilia* y *Esperanza R. Z.*, por las tres libras de hilas.

La guerra no se ha acabado, desgraciadamente. De San Sebas-

tian piden hilas y trapos para los heridos de Irun, y de todas partes temen necesitar muy pronto efectos sanitarios, y así nos lo manifiestan. Mientras los hombres no se cansen de herir, que no se cansen, por Dios, las mujeres de proporcionar medios de curar. Hacen mucha falta trapos que no sean ni muy finos ni muy viejos, propios para hilas.

Señores Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD.

Muy Señores míos: no tengo el gusto ó el disgusto de conocer á VV., pero en verdad les digo que ya me va encocorando su periodiquillo. No parece sino que les ha hecho á VV. la boca un fraile; siempre están llorando y pidiendo. Dale con los pobres, y vuelta con los pobres; que si los pobres tienen hambre, que si los pobres tienen frio..... como si los demás tuviéramos calor en el invierno. ¿Quién les mete á VV. á procurador de pobres? Ya saben VV. que Jesucristo se metió á redentor, y le crucificaron.

La verdad es que está uno que no puede con uno, y luego vienen VV. á meterle á uno el corazon en un puño. Lo que es por mi gusto no entraría el tal periodiquillo por las puertas de mi casa. Y si se contentára con entrar, anda con Dios, que ya sabemos á dónde llegan veinte reales al año, y por eso no habia de ser querido de VV., es decir, pobre.

Pero la pícara de mi mujer es una de tantas, es decir, de las de VV., de las de la Cruz roja ó verde, y de otras varias sociedades que yo miraría con indiferencia si, al paso que son tan amigas de la humanidad, y la filantropía, y la caridad, y todas esas zarandajas, no fuesen enemigas mortales de mi bolsillo, porque aunque mi mujer no me pide un maravedí para estas andróminas, ella no tiene un real, con que claro está que del cuero han de salir las correas.

Pues apenas llega el periodiquillo lo lee y lo relea, y hasta creo que se lo aprende de memoria, y luego de sobremesa, cuando estoy mas descuidado, lo saca como si fuera un postre delicado y me lo encaja de cabo á rabo, leyéndolo con una voz y un énfasis, que parece una trágica. Como que VV. no hablan mas que de tragedias. Y á veces llora como una chiquilla, á pesar de sus treinta años. Aseguro á VV. que tal periódico es divertido.

Yo la oigo como quien oye llover y me hago el sordo á sus indirectas, demasiado directas contra mi bolsillo, que brotan de sus labios al comentar lo que ha leído ó recitado; pero ya el otro dia me faltó la paciencia, y la dije un poco amostazado:—Demasiado hago yo por los pobres. ¿No doy un duro todos los meses para la Casa de Socorro? Pues que hagan lo mismo todos los españoles, y

se acabarán los pobres.—Pero no todos los españoles pueden dar un duro al mes, contestó con mucha suavidad mi mujercita, y luego, arqueando las cejas y juntando las manos, añadió con voz doliente: «¡Y hay tantos pobres!»—Pues si hay tantos pobres, que los mantenga el Gobierno. Para eso pago corrientemente mis contribuciones, y, digo, que son flojas.

Felizmente entró una visita que puso término á nuestra conversacion, que quizá hubiera acabado mal, y todo por el dichoso papel.

Pero esto es tortas y pan pintado para lo que pasó ayer. Justamente estaba yo de muy buen humor, porque acababa de vender una finquilla en otro tanto de lo que me costó, cuando entró mi mujer en mi cuarto, y con voz muy dulce me dice:—¿Podrias darme quinientos reales?—¿Para qué?—Para comprarme un vestido.—Con mucho gusto.

Y se los di en el acto. Así como así, ella no gasta mucho en vestir; en cambio todo se le hace poco para los pobres.

Al dia siguiente, es decir, hoy, me ha dado la ocurrencia de preguntarla si se habia comprado el vestido, y poniéndose muy colorada me responde:—Yo no sé mentir; no te quiero engañar; ese dinero no es para un vestido, es para los pobres.

—Muchacha, ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca? ¡Quinientos realazos para los pobres!

—¿Y por qué no? Yo puedo pasar perfectamente sin ese vestido: yo piso alfombras, mientras tantos hermanos nuestros pisan con sus pies descalzos la tierra cubierta de agua ó nieve; yo no puedo comer todos los manjares que ponen en mi mesa, mientras tantos otros padecen hambre; yo duermo en un lecho blando y caliente, mientras muchos carecen de cama en que descansen su fatigado cuerpo; yo veo á nuestros hijos al abrigo del frio y la intemperie, al mismo tiempo que otros niños, tambien débiles y delicados como los nuestros, apenas pueden cubrir su cuerpo con miserables harapos. Déjame, pues, emplear en su socorro el precio de mi vestido. Por primoroso que fuera, no valdria tanto á mis ojos como ahora convertido en mantas para los pobres.

¿Qué habia yo de responder? ¡Si VV. la hubieran visto!..... Vamos, parecia una santa. ¡Qué entusiasmo, qué uncion, que lágrimas y qué alegría en su rostro al pensar en el consuelo que iba á llevar á algunos desdichados! La verdad es que nunca me ha parecido tan hermosa: así es que la dije casi conmovido:—«Bueno, mujer, haz tu gusto.»

Como mi mujer es muy lista conoció que yo estaba un poco blando, me cogió la mano, me la apretó, y me dijo: «Hoy es el dia

mas feliz de mi vida, porque veo que la caridad va entrando en tu corazon. De aquí en adelante contaré contigo para mis obras de caridad, y por de pronto tú te encargarás de llevar los 500 reales á la Redaccion.

—Pero, criatura, si yo no conozco á esos señores ó señoras. Todo lo mas que puedo hacer es ponerles dos renglones y enviarles el dinero con el criado.

—Pues hazlo así, pero no vayas á decir ninguna tontería.

—Diré lo que ha pasado, y añadiré que habrá pocas tan tontas como tú.

—Te equivocas: creo que deben ser muchas las mujeres que prefieren vestir á los pobres á vestir galas.

—Lo dudo bastante, no andarian ellos tan desnudos si así fuese.

He cumplido el encargo de mi mujer, y queda de V.V., con quinientos reales menos y una mujer caritativa,

Su forzoso suscriptor,

Un Madrileño.

COMAMOS Y BEBAMOS.

Se acercan las Navidades, tiempo de solaz, de diversion y de regalar el gusto.

¿Para qué tiene España variedad de climas, sino para darnos variedad de sazonados frutos?

Porque otros tengan frio, no ha de bajar la temperatura de nuestro alfombrado gabinete.

Porque otros tengan hambre, no han de ser menos sabrosos los manjares.

El jerez y el champagne no pierden su aroma, porque la sed de la fiebre seque el paladar de las víctimas de la miseria.

La comedia en el teatro no es menos divertida, porque haya en el mundo tragedias sin cuento.

La risa no es menos jovial, porque aquí y allá y acullá, y en todas partes, se derramen lágrimas.

Porque en el Norte y en el Levante y en el Poniente se preparen combates, ¿hemos de dejar de gozar pacíficamente de los bienes con que nos brinda la fortuna?

¿Porque la guerra y la miseria hacen víctimas, hemos de afligirnos nosotros, que no somos soldados ni pobres?

¿Qué nos importa el por qué de nuestra prosperidad? Lo que hace al caso es aprovecharnos de ella, y saborearla tranquilamente.

¿Para qué se le da al hombre la fortuna, sino para que la disfrute?

¿Quién se mete á averiguar por qué otros carecen de lo necesario y nosotros poseemos lo supérfluo? ¿A qué engolfarse en cuestiones complicadas, cuando es tan sencillo que cada cual disponga de lo que tiene como mejor le parezca?

¿Pedimos por ventura nosotros algo á nadie? ¿Pues por qué hemos de dar nada á ninguno?

Lo que tenemos es nuestro, nada mas que nuestro, y honradamente lo comemos y lo bebemos. ¿Es culpa nuestra si otros tienen hambre?

Nosotros no hemos arreglado el mundo, ni podemos arreglarlo; como está lo dejaremos, y mientras estamos en él, hemos de aprovechar la buena parte que nos ha tocado.

Nosotros que estamos alegres, reimos; que los que están tristes lloren: ¿qué cosa mas lógica y natural? Estaria divertido el mundo si se afligieran todos por la desgracia de unos cuantos.

Despues de todo, no creemos que la desgracia sea tan general: nosotros no la vemos. Algunos cientos de miles que sufren, que lloran, que mueren, será todo lo mas. Todos hemos sufrido y hemos de morir.

Así como cuando hace una noche borrascosa, y se oye el viento furioso y la fria y copiosa lluvia, por el contraste parece mas agradable la abrigada habitacion, así, en medio de la penuria general, es mas deliciosa nuestra abundancia, y mas jovial nuestra alegría con el contraste del llanto. ¡Cuán dichosos nos sentimos al considerar, que en medio de la comun desgracia, no somos desgraciados!

Apartemos de nuestra vista el cuadro de los que no tendrán que cenar la Noche Buena; de los que estarán ateridos en el campamento; de los que la sufrirán mutilados en el hospital, ó habrán quedado muertos en el campo de batalla. Cerremos los oidos, la mano y el corazon, y mientras tengamos buen estómago y buen bolsillo, suceda lo que sucediere, COMAMOS Y BEBAMOS.

Concepcion Arenal.

CUADROS DE LA GUERRA.

III.

Suena el toque de Diana en los dos campos; música alegre cuando anunciaba á los soldados el nuevo dia, son lúgubre hoy que

dice á combatientes:—muchos de vosotros verán hoy la luz del sol por última vez.—

Todavía tardará mucho en amanecer; no les bastan á los crueles, para destruirse, tantas horas de un día, de un largo día de mayo, y van á turbar el silencio de la noche con el siniestro ruido de las armas, y marchan cautelosamente como el que está movido por un mal pensamiento. La aurora los halla preparados á despedazarse sin piedad.

Ni aspiran los perfumes que trae la brisa, ni consideran la hermosura de los campos, las flores que los matizan, la hoja inmaculada de los árboles, ni las gotas de rocío convertidas en piedras preciosas de variados colores, los valles ceñidos por aguas cristalinas y coronados por la nieve eterna; no oyen ni el murmurar de los arroyos, ni el canto de las aves; no ven, en fin, el sublime cuadro de la naturaleza, ni sienten á su divino Autor.

En medio de tan ideales bellezas, de tan sublimes armonías, ¿cómo podrán ser tan perversos?

No son hombres, son combatientes, y el sol esplendoroso alumbrá aquellos rostros contraídos por el furor, y el aire embalsamado trae las roncas voces de la ira, sus pies sucios pisan la esmaltada pradera, sus manos ensangrentadas desgajan el árbol florido: parecen innumerables profanadores de un prodigioso templo.

Al acercarse ellos, todo sér viviente huye ó se oculta y enmudece. No hay labrador en la heredad, ni pastores en el monte; cesa el canto de las aves y el zumbido de los insectos; no se oyen mas que los instrumentos marciales que mandan el sacrificio y la muerte, las detonaciones de la pólvora, y en algunos raros intervalos de su infernal estruendo, el pio de algun pájaro abandonado por sus padres, y el ¡ay! de algun herido que pide socorro en vano.

Hay que tomar una posición formidable; un batallón de cazadores recibe orden de flanquearla; parecen veteranos, según avanzan resueltos y cautelosos, aprovechando muy diestramente las sinuosidades del terreno para cubrirse. Un grupo se entra con dificultad por un vallado escondido, casi impenetrable; no parece que pisó nunca planta humana aquel suelo cubierto de maleza: guarecidos por ella los cazadores suben todos dichosamente, todos ¡ay! no, uno ha quedado por tierra; donde no penetra la vista del hombre llega su odio y su maldad, y su plomo traidor.

Sigue la batalla; hay mucha sangre y mucha carnicería: dicen que también hay mucha gloria y grandes ventajas para los que han quedado victoriosos. Vencedores y vencidos entierran sus muertos y recogen sus heridos, que desfilan en silencio, interrumpido solo

por el ¡¡ay! desgarrador de algun dolor intolerable. Los fuertes de por la mañana apenas tienen fuerza para pedir agua; los opuestos son llevados en hombros; los de hermoso rostro no se pueden mirar sin horror; y los que cantaban alegremente llaman á su madre con voz dolorida. De aquellos centenares de hombres, cada uno es una desdicha allí presente, y otra mayor allá lejos, donde la esposa, la hermana y la madre lloran sin consuelo: de todas estas torturas se compone la gloria militar.

Para dar el parte detallado del combate se raya un papel y se hacen casillas donde figuran los muertos, los heridos, los prisioneros y los extraviados: entre estos últimos está el cazador que cayó entre la maleza.

Allí quedó solo con su perro fiel que debe creerle dormido, se echa á su lado y duerme. Nada tiene de extraño que parezca natural el sueño eterno del soldado. La bala le atravesó el corazon, dejándole muerto instantáneamente; no tuvo agonía, y á su postrero y breve dolor debió acompañar un pensamiento, en que se despedía tiernamente del mundo ó se elevaba á Dios, porque la espresion de su fisonomía es dulce y reposada. Que el Señor te reciba en su seno, joven, si victima del odio, has muerto amando.

Llega la noche, todos duermen menos los centinelas, los heridos que sufren dolores agudos y los que lloran por los muertos. Los autores de aquella horrible tragedia ¿dormirán? ¡Misterio impene-
trable!.....
.....
.....

Amanece el siguiente dia. Se ilumina aquella naturaleza tan horriblemente risueña para los que no tienen consuelo; es el mismo campo verde, las mismas flores perfumando el aire, las mismas aguas cristalinas, las mismas gotas de rocío brillando como lágrimas de alegría en el rostro de una mujer dichosa, el mismo sol, la misma luz, todo es lo mismo, menos los que *ya no son*.

El joven soldado sigue durmiendo el sueño eterno en la falda del apartado riscó; su fiel compañero, como alarmado de que no despierte, ladra primero á su lado, despues alejándose por las alturas vecinas, como pidiendo socorro: nadie viene, y vuelve á su amo y le lame las manos y el rostro con un quejido lastimero.

Pasan las horas, hace mas de veinticuatro que no ha comido el pobre animal, tiene hambre: la tropa iba racionada para dos dias, halla que comer en el morral de su amo, y come.

El sol vuelve á ponerse, y vuelve á salir; las provisiones del morral se acaban, y los buitres aparecen alrededor del cadáver en

descomposicion. El perro los aleja vigorosamente; repiten el ataque y los rechaza de nuevo.

Al cuarto dia anda un poco en busca de alimento, que no halla, y vuelve de continuo á defender los restos del que partia con él su racion. A medida de su debilidad, crece la osadía de aquellos pájaros horribles: aún puede sostenerse en pié, y ladra..... al fin cae, y ladra echado..... despues ya no ladra mas.....

Pasa el verano; el invierno cubre con su manto de nieve las montañas en que se dió la batalla, y el mundo con su olvido á los que sucumbieron en ella.

Vuelve la primavera á alegrar á los dichosos, acrecentando la pena de los que ven que todo renace, que todo vuelve á la vida, todo, menos los muertos inolvidables.

La madre del pobre soldado que cayó en la escondida maleza pregunta en vano por su hijo, con lágrimas que no se secan. *Estraviado* le responden, que para ella quiere decir, muerto de todas las muertes que inventa su imaginacion angustiada, é insepulto, y..... la infeliz nunca se atreve á decir todas las cosas horribles que piensa; le parece que una vez pronunciada la palabra de su pensamiento, adquiere éste mayor certeza.....

Un cazador se pierde en los ignorados repliegues de la montaña; parece que lleva escopeta, mas como pretesto ó medio de seguridad, que con el objeto de matar pobres animales inofensivos: en su morral hay un libro y el almuerzo.

Siente apetito, y antes de orientarse se para y come. Mira alrededor, y le parece ver una arma y pedazos de paño; se acerca, y halla un fusil, una cartuchera, una bolsa de municiones, algunas correas, unos números de metal, una cartera de cuero, la osamenea de un hombre y la de un perro.

Abre la cartera, halla dos cartas; en el sobre el nombre del soldado insepulto, dentro, la ternura y la firma de su madre. Sus ojos pasan alternativamente de aquellos renglones, donde hay tan honrados consejos y tan entrañable cariño, á los tristes restos de quien era objeto de él: llora, llora, aunque es un hombre; allí no le ve nadie mas que Dios, aquel Dios que prometió la bienaventuranza á los que derraman llanto en este valle de dolor.

Al aproximarse la noche se aleja de aquel sitio, pone en conoci-

miento de la autoridad el triste hallazgo, y al día siguiente sirve de guía.

La justicia se lleva los huesos del hombre, el cazador recoge los del fiel animal, del que los hombres pudieran tomar ejemplo. Acompaña tristemente los restos del soldado, pensando:—¿Como escribiré á su madre?

Concepcion Arenal.

HISTORIA DE UN LUNAR.

I.

Hace algunos años, los periódicos españoles de mayor circulación publicaron el siguiente anuncio:

«Debe existir en Madrid, y sensible sería que hubiese fallecido, un hombre de 26 á 28 años próximamente, alto, rubio, que tiene un lunar en el lado izquierdo del bigote, y que en el año 1852 vivía en esta capital y frecuentaba el Café de Pombo, ó por lo menos estuvo en él la noche del 15 de junio con semblante muy alegre. Si se presenta en las oficinas de la Legacion estrangera de..... y contesta satisfactoriamente á las preguntas que se le harán para identificar su persona, puede considerar hecha su fortuna.»

Fácil es presumir que tan extraño anuncio, repetido varios días, escitó la curiosidad novelera del público madrileño. No hubo apenas quien tuviera simple indicacion de lunar en la cara, que no fuera á exhibirse en la Cancillería estrangera; el gefe de ella llegó á aburrirse de tanto importuno, que solo por llevar en la cara alguna pequeña mancha, quizás postiza, porque tambien las hubo fingidas, se presentaba con admirable serenidad á pretender la anunciada fortuna.

Pasaron días y el anuncio cesó de publicarse, sin presentarse el dichoso mortal, porque si hubo alguno que realmente tuviese algo parecido al famoso lunar, sus contestaciones á las preguntas del grave Canciller, demostraban al momento que no era el hombre que se buscaba.

La cosa, pues, cayó en el olvido: el público novelero y ocioso es así: ávido de curiosidades y de emociones, no puede detenerse mucho tiempo en una sola: es preciso renovarlas, y así las nuevas borran el interés que las anteriores escitaran.

II.

Sin embargo, mientras esto sucedía, el hombre del lunar, la persona que realmente era objeto del anuncio, existía en Madrid; pero haciendo una vida muy retirada y con escaso trato de gentes, no tuvo noticia alguna del tal anuncio. La fortuna, pues, había llamado á su puerta, y hallándola cerrada, había desaparecido.

Este afortunado ó desdichado mortal era D. Eugenio Delvi, empleado modesto en una de las dependencias del Ministerio de.....

Eugenio era lo que se llama hoy, y con exageración se aplica, un tipo, pero tipo recomendable, aunque casi increíble en los tiempos que corremos. Hijo de un empleado de su misma oficina, que era uno de esos veteranos afiliados al presupuesto del Estado, en cuyas mesas había pasado 40 años de su vida sacando tinta á pulso, sin provechos que le permitiesen dejar la mas pequeña fortuna á sus hijos, Eugenio creció á la sombra, puede decirse, de la taquilla de su padre. A los 15 años quedó huérfano en pobre y honrada horfandad, sin haber heredado del autor de sus dias mas que un caudal de honradez sencilla, de excelente carácter y de no menos excelente corazón.

El Gefe de la oficina, compadecido de su situación y aficionado al muchacho por haberle visto hacer algun trabajo de aprendizaje, le nombró meritorio, y algun tiempo despues escribiente, porque sacó de las lecciones de su padre un hermoso carácter de clara letra española.

Tenia, pues, Eugenio 4.000 reales de sueldo anual, es decir, lo que tienen muchos criados de las casas de los grandes; y sin embargo, relativamente era tan rico y quizás mas feliz que los opulentos dueños de estas casas.

La base de su riqueza no eran solo los 333 reales de la paga mensual, única renta de aquel obrero de levita con título de funcionario público, sino sus condiciones morales. Eugenio, por efecto de la oscuridad en que se crió, por temperamento, ó por una resignación que casi dejaba de ser virtud por su hábito inveterado, era un joven de carácter sencillo, de aficiones moderadas, contento con su suerte y destituido de toda ambición.

Su vida metódica se reducía á una puntualidad sistemática á la oficina (lo cual le había proporcionado la reputación de excelente empleado, sin duda por cuestión de comparaciones), dar algun paseo, asistir á los espectáculos que no costaban dinero, jugar alguna partida de dominó en que se aventuraban un par de cigarrillos, y

los domingos darse el gran placer, la calaverada, el despilfarro, en tomar, sin dar propina, una taza de café en el de Pombo.

La economía estaba encarnada en todos los actos de su vida, de tal manera que le permitía hacer prodigios con su modesta paga, pues cubría todas sus necesidades, sin sobrante pero sin déficit, lo cual pudieran envidiar los Ministros de Hacienda pasados, presentes y futuros de esta pobre España, que vive en déficit permanente.

La juventud de Eugenio se deslizaba, por lo tanto, bajo un sistema de vida todo monotonía, todo sencillez y vulgaridad; contraste raro con la existencia azarosa y ávida de emociones que es peculiar en la juventud de Madrid y de todas las grandes poblaciones.

Hubo, sin embargo, en esa vida tan pacífica un suceso capaz de trastornar á Eugenio por mucho tiempo. Débil, por primera vez, á las seducciones de un compañero suyo, gran jugador de lotería, puso 8 reales á este juego, inmoral en principio como todo juego de azar, pero cuya inmoralidad está tolerada y aun aceptada desde que el banquero no es un jugador vulgar, sino el mismo Gobierno, que llama á voz en grito á tímidos y á osados jugadores. Ocho días estuvo el pobre Eugenio arrepintiéndose de su despilfarro y lamentándose de la pérdida de aquellos 68 cuartos, verdadera brecha abierta en su modesto presupuesto, reparable solo, según él pensaba, con privarse algunos domingos de la consabida taza de café.

Pero un día, al entrar en la oficina, se vió sorprendido por los abrazos y felicitaciones de sus compañeros. El billete en que puso los 8 reales había obtenido un premio de alguna cantidad, y á aquella cantidad correspondía una ganancia de 40 duros. El pobre Eugenio creyó volverse loco de alegría. ¡Cuarenta duros!...., es decir, mas de dos pagas extraordinarias, eran un acontecimiento tan importante para él, cual lo hubiera sido para otra persona el obtener el premio gordo de la gorda lotería de Navidad.

Al principio dudaba, y casi temió si sería una broma de sus amigos; pero cuando recibió sus ocho monedas de cinco duros, se creyó tan rico como el mas rico banquero. Entonces empezó para él una grave cavilacion. ¿Qué hacer con tanto dinero? Por primera vez trabajó poco y mal en la oficina, porque pasó todo el día haciendo proyectos de distribución de aquel caudal. Ante todo separó lo suficiente para dar á su graciosa patrona dos meses adelantados del pupilage de 6 reales que pagaba; pensó comprar algun calzado que le hacía falta; poner 10 duros en la caja de ahorros; y en fin, para acabar de hacer sus alegres cálculos y darse tambien algun desahogo de placer, se encaminó al Café de Pombo, á fin de regalarse con la consabida taza por extraordinario, pues no era domingo.

Pocas veces se habrá sorbido la infusión del *moka* con mayor contento. El buen Eugenio, mientras la saboreaba, saboreaba también mentalmente las delicias de su nueva posición, que empezaba con el desahogo de tener pagado el *pupilage* por adelantado, y concluía por ser propietario *con renta* de una cartilla de la Caja de Ahorros. Era un conjunto de venturas capaz de embriagar aquella alma tan sencilla como buena.

Al salir, pues, del Café, iba talareando alegremente aquellos versos de la zarzuela del *Juramento*,

«¡Qué bella es la vida
Que el cielo nos dió!.....»

De repente se le interpone una persona, que le detiene con ademán suplicante é interrumpe su bulliciosa alegría. Era una pobre vergonzante, de buena figura á juzgar por el exterior, que cubría un traje negro, siendo negro también el espeso velo que tapaba su rostro. Con voz temblorosa le pidió una limosna, diciéndole que la pedía por primera vez, para que su hija enferma no pereciese de hambre, y que lo hacía en aquella calle por donde en otro tiempo había pasado varias veces en coche propio.

Eugenio quedó convencido. Había tal acento de verdad y de amargura en aquella encubierta, que creyó sus palabras, y brotó de su alma un impulso generoso de compasión. En menos tiempo del que se necesita para describirlo, Eugenio pensó que, aunque dar un socorro era destruir en gran parte sus halagüeños cálculos de inversión del dinero, el hacer un bien á aquella infeliz debía ser un placer nuevo que añadiría á sus otras satisfacciones. Sacó una moneda de 5 duros y la entregó á la mujer diciéndola: «Ahí tiene V. »Yo no soy rico para hacer limosnas de 100 reales, pero estoy en »un día venturoso: participe V., pues, de mi felicidad, y que Dios »nos proteja, á V. en su miseria presente y á mí en la que puede »algún día sobrevenirme.»

Y diciendo esto escapó presuroso á las expresiones vehementes de gratitud de la pobre socorrida. Ella le pedía su nombre: él no quiso decírselo, pero la mujer pudo á la luz del farol verle el lunar que tenía al lado del bigote.

III.

Pasaron tres años. Eugenio proseguía su vida metódica y pacífica, olvidado ya de la lotería y de la mendiga del Café.

El jefe de la oficina tuvo que ir al extranjero con una comisión del Gobierno, y se le llevó como secretario; gran suceso para

quien jamás había salido de los alrededores de Madrid. Iban, pues, nuestros dos viajeros en el ferro-carril, que les conducía á París, y en la estación de Blois subieron al mismo coche dos Señoras, madre é hija, gente distinguida, al parecer, según lo indicaba su porte, su traje, y los dos criados que iban en otro departamento.

La Señora de mas edad se sentó enfrente de Eugenio, y como el compañero de este era locuaz y las Señoras hablaban español, aunque no muy correcto, pronto hubo conversacion animada y sostenida en términos de finura y buen trato. Solo Eugenio callaba por la timidez propia de su carácter, pero de repente observó con estrañeza que la madre fijaba en él sus ojos con interés y con sorpresa; que hablaba en un idioma desconocido con su hija, sin duda aludiendo á él, porque esta última le miró tambien con viveza, y ambas Señoras empezaron á hablarle directamente con cierto aire de afecto y de emocion. Le preguntaron si venia de Madrid, si vivia allí mucho tiempo, dónde iba á parar en París, y otros detalles que tenian aturdido á nuestro joven, viéndose inesperadamente objeto de interés en unas personas tan distinguidas como desconocidas para él.

Al llegar á París se separaron, y hubo cambio de tarjetas. La Señora dió la suya á Eugenio, que leyó *Madame Darfield de Renuy et sa fille*.

En la preocupacion que produce aquella gran capital á todo el que la visita por primera vez, Eugenio olvidó el incidente del viaje, pero en breve se lo recordó una série de sorpresas. Su gefe le dijo que el Embajador de España le habia llamado, y le habia pedido minuciosos y detallados informes sobre su vida, familia, posicion, costumbres y hasta carácter; y mientras nuestro joven se confundia pensando qué pudiera originar esta informacion, un lacayo elegante preguntó por él y le entregó un billete perfumado, en que Madame Renuy invitaba á Eugenio para que fuese á tomar el té á su casa. Su primera intencion fué rehusar tal convite, pero á instancias de su gefe consintió en aceptarlo. Dirigióse, pues, aquella noche á la casa cuyas señas marcaba la carta, y allí el buen Eugenio pasó de sorpresa á sorpresa cada vez mayor. La casa era magnífica, y estaba situada en uno de los barrios mas aristocráticos de París: fué recibido por Madame Renuy y su hija, con una cordialidad tan benévola que parecia proceder de una antigua y afectuosa amistad.

Despues de tomar el té, Madame Renuy, con acento conmovido y enseñando á Eugenio un periódico español, le preguntó si habia leído un anuncio que le señaló. Era el famoso del llamamiento al hombre del lunar. Eugenio, sin saber qué significaba aquello, pues hasta olvidaba en aquel momento que tenia el lunar denunciador, contestó

que no lo habia visto. Entonces la Señora empezó con creciente vehemencia á hacerle preguntas y evocarle recuerdos sobre la escena de la limosna del Café de Pombo; y cuando Eugenio contestó á todo satisfactoriamente, Madame Renuy, con lágrimas de ternura en los ojos, sacó un precioso estuche, lo abrió, presentó á los ojos de Eugenio una moneda de 5 duros puesta allí como alhaja preciosa, y le dijo: Bendigo á Dios porque al fin nos ha hecho encontrar á nuestro salvador. Yo soy aquella pobre tapada á quien V. dió la limosna de esos 5 duros. Nosotras somos alemanas, y vivíamos en Bingen. A la muerte de mi marido tuvimos que ir á España para sostener un antiguo litigio en que estaba comprometida toda mi fortuna, que es cuantiosa. Allí sufrimos dos años de terribles desgracias, largas de contar, las cuales nos redujeron á la miseria. Hubo una noche cruel, la noche del 15 de junio de 1852, en que, careciendo ya de todo, mi pobre hija enferma se moria de hambre, y yo desesperada, y sofocando mi orgullo, salí á pedir una limosna en la calle. V. me la dió, y cual si esa moneda fuera un don de la Providencia, señaló el término de todas nuestras penas. Dándola á la dueña de nuestra pobre casa (la cual tuvo la feliz inspiracion de conservarla y devolvérmela mas adelante), mi hija tuvo alimento, y mejoró rápidamente; al cabo de algunos dias ganamos el pleito, que con los intereses de muchos años aumentó considerablemente nuestra fortuna. En vano hicimos averiguaciones y pusimos anuncios para descubrir á nuestro bienhechor. Tuvimos que salir de España sin encontrar á V., hasta que el otro dia, en el coche del ferro-carril, la casualidad, ó por mejor decir la Providencia justiciera de Dios, me hizo descubrir á V. por el lunar. Mi fortuna, pues, y mi casa están á la disposicion de V.; hónrenos V. con su amistad, y mi satisfaccion será completa.

Eugenio creia ser víctima de un sueño ó de una burla, pero pronto se convenció de que todo era venturosa realidad. Admitido como amigo íntimo en aquella familia simpática, y respetable bajo todos conceptos, pidió una licencia para prolongar su estancia en París, y luego una próroga, pues cada vez se aficionaba mas á la casa de sus amigas, y estas le recibian con mayor interés.

El trato de tres meses desarrolló, en efecto, nuevos vínculos de un cariño recíproco. Eugenio en aquella atmósfera tan distinta de la suya, sin perder la sencillez de su carácter, se dió á conocer tan ventajosamente por la bondad de su alma, que Ana, la hija de Madame Renuy, joven preciosa física y moralmente, no fué insensible á la pasion amorosa que Eugenio concibió por ella.

IV.

Dos años despues, Eugenio era marido feliz de Mademoiselle Renuy. Su vida no le dejaba nada que desear. Pasaba con su mujer y con su madre política, unas temporadas en París, otras en Bingen y alguna escursion en España, donde, á pesar de su posicion, jamás se mostró esquivo ni orgulloso con sus antiguos y modestos compañeros de oficina.

Una noche pasaba con su mujer por delante del Café de Pombo, y recordando la escena del año 52, le dijo:—«Bendito sea mi lunar, que me proporcionó aquí el principio de mi felicidad.

—No, le contestó Ana, apretándole cariñosamente el brazo, bendita sea tu caridad, que fué en ti una buena obra, y para mí el origen de la felicidad que disfruto.»

Antonio Guerola.

LA VOZ DE LA CARIDAD.

Arroyo, que entre las breñas
 Con voces acompasadas
 Pasas cantando entre musgos,
 Cantando entre flores pasas;
 Fuente, que oculta en el bosque
 Dejas que caigan tus lágrimas;
 En el fondo de la gruta
 Donde, oculta entre espadañas,
 La Náyade adormecida
 Inclina hácia el suelo el ánfora;
 Avecilla, que en el bosque
 Te escondes avergonzada,
 Al oír del ruiseñor
 Las quejas enamoradas;
 Aguila, que desde el monte
 Tu ronco graznido lanzas,
 Y vas azotando el viento
 Con los golpes de tus alas;
 Mar azul, que enfurecido
 Ruges, y el pecho levantas;
 Onda, que al rayo de luna

Vienes á besar la playa,
Y tus collares de perlas
Entre suspiros desatas;
Venid á mí, que á lo lejos
La guerra furiosa avanza,
Y va sembrando en los surcos
Los rencores de su alma!
Flores, que baña el rocío,
Tal vez os mireis mañana
Reflejadas en la sangre;
Del cañon la voz airada,
Los ayes de los heridos,
Responderán á tus cántigas,
Rui señor, y los clarines
Despertarán á las águilas!
Quizás la gruta sombría
Será la tumba ignorada
De los soldados que mueren
Sobre el campo de batalla!.....
Pero en contra de la guerra
La Caridad se levanta,
Y va sembrando consuelos
Donde aquella sembró lágrimas!
Venid á seguir sus pasos,
Armonías solitarias
De las aves y las fuentes,
De las ondas y las águilas.
Venid á formar el coro,
Pues la Caridad nos llama,
Para que á la voz del trueno
Responda la voz del arpa.

Rafael Chocomeli.

(Boletín-Revista del Ateneo de Valencia.)
